

Inés



Aranda



PARADISO EDITORES
Luxemburgo 189 y Holanda
Telefax: 2277435
Email: paradiso@uio.satnet.net
Quito, Ecuador

© *Inés Aranda*, Diego Cornejo Menacho, 2014

© Paradiso Editores, 2014

PRIMERA EDICION, JUNIO 2014

© Ilustración de la cubierta: Diego Cornejo Menacho, *Inés Aranda*,
acuarela, 24 x 32 cm, 2014. Colección del autor

ISBN: 978-9978-23-080-0

Impresión: Grupo Vértice

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, digital, por fotocopia o cualquier otro, sin la autorización escrita otorgada por la editorial.

Diego Cornejo Menacho

Inés Aranda

Novela



aradiso
editores

Este libro está dedicado a
Pepe Cornejo Menacho.
In memórium

Los personajes y la trama de esta novela son imaginarios. Cualquier semejanza con hechos reales o con personas vivas o muertas es puramente casual.

«Hubo un tiempo
en que las personas inteligentes
utilizaban la literatura para pensar».
AMY BELLETTE

1

SINTIÓ QUE SE LE HUMEDECÍA la canaladura de los senos. Le ocurría regularmente luego de los primeros quince minutos, pero ya llevaba corriendo treinta y cinco. Con demora, el sudor le mojaba la nuca y el pecho. «Debe ser por el frío», se dijo y, en un gesto inconsciente, entrelazó las manos y ajustó los guantes presionando las junturas de los dedos.

Miró el reloj de pulsera: cero, seis, cero, tres, en la pantalla digital.

El amanecer estaba inusualmente oscuro, con la pringosa neblina que subía del valle para engullir un pedazo de la ciudad, retrepada al pie del volcán.

Una leve conciencia de desamparo trató de instalarse en ella, pero se esfumó con la voz que escuchaba en los pequeños audífonos adheridos a los oídos. Ayudaron también las contadas figuras —sombras sibilinas, en verdad— de otros madrugadores que también practicaban *jogging*, sin arredrarse por la destemplanza de la madrugada.

Inés Aranda había aprendido a meditar en movimiento —una extravagancia de los adictos a correr—, oyendo la radio sin escuchar sino lo sustancioso, separando la paja del trigo de lo que el locutor leía en los diarios de Taguagoto; luego, en su mesa de trabajo, revisaba las páginas digitales, incluidas algunas de periódicos del exterior; así no se enmugrecía con la

Vivía sola, en un céntrico apartamento con vista al sur de la urbe, alejado del de sus padres. Solitaria o independiente, su moderado retraimiento se traducían en una sensación de libertad personal que amaba y defendía como a su propia vida. Esa percepción se le hacía más patente cuando se ejercitaba cada mañana, vestida con prendas deportivas, la *lycra* muy ceñida, el indispensable cintillo para el cabello y los tenis de marca.

Disfrutaba de la soledad y se justificaba diciendo que había aprendido a tolerarse, lo cual «no había sido algo fácil». No tenía ninguna amiga íntima, pero sí un confidente que era un hombre mayor, aunque no tan viejo como para ser su padre: con Lobo reía cuando los dos convenían en que él era su mejor *amiga* —Lobo, porque, a su juicio y a su instinto, era un frío predador nictálope—. Y, había asignado a Domingo el papel de ocasional amigo con derechos, lo que se dice, un *amigo-vio*. Domingo era un primo hermano a quien conocía desde niña, compositor de música culta y oboísta de la orquesta sinfónica.

Cortando la densa bruma con su cuerpo, a esa hora, la mujer se sentía bien en el parque, colmada por el oxígeno del segundo aire, pensando en las cosas de su mundo y corriendo con la espalda recta a ritmo moderado, como debía ser, por un turbio sendero de Cooper dibujado con capricho entre eucaliptos y cholanes cargados de silicuas y flores amarillas.

Fue cuando lo vio.

El hombre pendía de la rama de un árbol: colgaba del pescuezo, atado con una cuerda de nailon azul de media pulgada. Nudo de alondra, en una gruesa rama; el del cuello, corredizo. Vestía de negro. El abrigo desabotonado dejaba ver un *jean* oscuro y un pulóver gris marengo. Los pies desnudos le llamaron la atención

tinta de la impresión en papel. De modo que, como se le había hecho costumbre, iba pensando en las tareas pendientes para sacar adelante la revista investigativa que producía con un puñado de periodistas para un canal de televisión.

Zeta se emitía cada viernes, pasada la medianoche. Frecuentemente era un hueso que se atravesaba en la nuez de algún poderoso. Pero, en especial, un juramento a la bandera que Don Gonzalo, el propietario de la estación, permitía realizar con dilatado albedrío a Inés y sus monosabios: así los llamaba él, quizá porque alguna vez había intentado, sin suerte, convertirse en empresario taurino.

Con *Zeta* en la señal de TeleCanal, el Don honraba su transitorio y remoto pasado de cronista de barricada en horario de trasnochadores y pobrísimo *raiting*, aun cuando aquello le significara, corrientemente, lidiar con abogados o con los huéspedes de algún puesto importante del Gobierno.

Trotando, a primera hora, Inés *escribía* su agenda del día y textos que después tecleaba en su computadora, destinados a los libretos de su programa. En ocasiones meditaba también sobre asuntos íntimos, para ella, trascendentales. Y, si tenía suerte, se desconectaba y su mente se descosía del cuerpo, volaba, quién sabe adónde. Se percataba de ello sólo cuando, de repente, tomaba conciencia de que pisaba la Tierra, cuando *regresaba*.

Siempre corría sola y le molestaba si alguien intentaba acompañarla en su rutina. En algún momento de su vida comprendió que no iban con ella los deportes que exigieran dos participantes o más. Se consideraba autosuficiente y saludable, de mente ágil y algo cínica. Una mujer práctica, digamos, pese a su timidez y a la desconfianza en los otros, que se negaba a aceptar.

después; antes, la corredora no había podido esquivar el irremediable desconsuelo de ese rostro, la mirada baldía, esa extraña naturalidad en los ojos abiertos, los brazos caídos y las palmas de las manos mostrándose: un Cristo ascendiendo al Reino de los Cielos —el Evangelio según Mateo—. Tenía desordenado el cabello castaño y una barba de varios días sombreaba el rostro inconsolable, exangüe. La lengua tumefacta intentaba salir por la boca entreabierta. Inexplicablemente, Inés pensó en una renegrida almeja chiluda, la *Panopea generosa*, y sintió una íntima turbación.

Aquella visión la obligó a una parada súbita: aunque el corazón quería romperle las costillas, su cabeza le ordenó que se *apoderase* de ese Cristo sombrío. ¿O fue su intuición? Hizo tres fotos con el celular, como un acto reflejo. Luego, se quedó observándolo, en un estado de conciencia alterada, hasta que algo parecido a una comezón moral —la palabra es reconcomio— le hizo bajar la mirada: se extravió en las sinuosidades nudosas de esa horca barroca en que se había convertido el tronco de la acacia, como si correspondiese a una preciosista *instalación* conclusiva, dispuesta por ese hombre antes de morir.

Había experimentado la misma sensación de apocamiento que la desbarató cuando, por una casualidad, estuvo ante Carlos Pizarro Leongómez, el «Comandante Papito», que, entonces, para ella era el hombre más varonil y el más hermoso mamífero bípedo racional de América del Sur. Ocurrió cinco semanas antes de que lo asesinaran a tiros a bordo de un avión que volaba a Barranquilla.

Mientras eso pasaba por su cabeza, volvió a mirar al ahorcado, que parpadeó. Inés quiso gritar, pero se lo impidió el sentir que una mano le tocaba el hombro.

—¿Lo conoce? —preguntó el joven gendarme, quien había llegado allí con dos compañeros más, en sendas bicicletas; uno de ellos, mujer.

Inés dio un respingo, negó con la cabeza y guardó los audífonos.

—No. No. Venía corriendo. Acabo de verlo. Es terrible. —No dijo más.

Alzó nuevamente la vista: el Cristo continuaba suspendido en su ascenso, como si un cruel Pasolini lo hubiese congelado en la pantalla, *mirando* la muerte como un cadáver cualquiera. La mujer se sentó en la hierba a esperar, aunque no sabía qué o a quién. Reclinó la espalda en un árbol y recogió las piernas. Los gendarmes llamaban por sus teléfonos y otros deportistas y algún transeúnte temprano se detenían, con natural curiosidad y estupor; más de uno hacía la señal de la cruz. Entonces, el aire de la mañana se volvió áspero, las avanzadillas del sol consiguieron superar las sombras y se despertó, por fin, el sordo borborigmo de la ciudad de Pecueca.

Setenta y siete minutos más tarde, algo melancólica, Inés se retiró de aquel escenario. En alguna parte se le había cuajado un chocante desasosiego.

DIEGO CORNEJO MENACHO (Quito, 1949) es escritor, periodista y pintor.

Su formación como periodista y comunicador la adquirió en las salas de redacción de la revista *Nueva y*, principalmente, del diario *Hoy*, donde vivió una larga carrera profesional que inició en 1987 como editor de la revista cultural *La Liebre Ilustrada*; en ese Diario también fue editor de las secciones Internacional, Cultura, Económica y Política; fundó allí el semanario de investigación *Blanco y Negro*; fue instructor de géneros periodísticos en talleres internos de periodistas y editores: asimismo, jefe de Investigación Periodística y jefe de Información y en varias oportunidades dirigió ediciones conmemorativas especiales; ocupó el segundo cargo de jerarquía, el de subdirector de ese periódico. En *Hoy* escribió una columna de opinión semanal por cerca de veinte años. Se retiró de ese diario en mayo de 2007.

Ha sido profesor del Diplomado de Periodismo en la Universidad Técnica Particular de Loja; y, en diario *Expreso*, instructor de Crónica Periodística. De 2009 a 2010, fue director regional de Noticias de Ecuavisa, en Quito; desde 2011 es director ejecutivo de

la Asociación Ecuatoriana de Editores de Periódicos (AEDEP).

Recibió el Premio Nacional de Periodismo «Símbolos de Libertad» para el mejor reportaje escrito, en dos años consecutivos, 1994 y 1995, que se publicaron en *Hoy*. Y, en 2010, integró del Jurado de la vigésima edición del premio de periodismo Jorge Mantilla Ortega, que otorga anualmente diario *El Comercio*. En 2013, la Sociedad Interamericana de Prensa le entregó el Gran Premio SIP a la Libertad de Prensa, de ese año.

Ha colgado muestras de su trabajo plástico en el Instituto Ecuatoriano Brasileiro de Cultura y en el Colegio de Arquitectos del Ecuador.

En 2011, Paradiso Editores publicó *Nux Vómica*, una ambiciosa antología de su trabajo periodístico. Antes, ya se había publicado *Las segundas criaturas* (novela, 2010); *Miércoles y estiércoles* (novela, 2008); *Gato por liebre* (novela, 2006); *Crónica de un delito de blancos* (investigación periodística, 1996, 2012); y, *Garabatos* (relatos breves, 1994).

En 2008, el Municipio de Quito le otorgó el Premio Nacional «Joaquín Gallegos Lara», a la mejor novela escrita en ese año, por *Miércoles y estiércoles*.